

cir, Pedro, el soberano pontífice, y los obispos que con él no forman más que un cuerpo pastoral, al cual está confiada la dispensación de los divinos misterios y el cuidado de las almas (1). Las dos monedas, según San Ambrosio, son las Escrituras de los dos Testamentos, que presentan de una manera sensible el carácter de la inspiración sobrenatural, y las líneas, por decirlo así, de la faz divina, en los dogmas de la naturaleza de Dios y de Jesucristo su Hijo, lo mismo que las monedas llevan el nombre y la efigie de los reyes de la tierra (2). Además, las dos monedas representan la verdad y la gracia: la verdad, que cura la inteligencia esclareciéndola; la gracia, que santificando el corazón lo cura y fortifica; la verdad, en el depósito de la doctrina; la gracia, en la institución de los sacramentos. Tales son, según San Juan Crisóstomo, las dos preciosas fuentes que suministran el medio de regenerar al hombre, de curarle sus heridas, de cuidarle en su convalecencia, de fortificarle en su salud (3).

Advertid que el Samaritano no da las dos monedas al enfermo, sino al posadero. En cuanto al enfermo, le recomienda solamente obedecer al dueño de la posada y tener confianza en él. Solamente al posadero da instrucciones, le confía el dinero, le recomienda el enfermo, le dice cómo ha de asistirlo y cuidarlo, con promesa de recompensarle á su vuelta.

¡Qué magnífico cuadro! exclama Orígenes. ¡Todo en él es armonioso, expresivo, gracioso! ¡Cómo se encuentra en él indicada en unos cuantos simples trozos toda la economía del gobierno de la Iglesia, el objeto de su institución, su ministerio! (4).

Hé aquí cómo se condenan, de la manera más benigna y clara todos los errores de la herejía, y cómo se proclama, expone y confirma la verdad de la doctrina católica. Se nos enseña que Jesucristo, el celeste Samaritano, no ha dejado á los cristianos, sin distinción, el depósito de la Escritura, con libertad de entenderla, de creerla y de practicarla á su manera, sino que la ha

(1) *Stabularius Ecclesie præsidentem significat, cui dispensatio credita est. (Orig.)*

(2) *Denarii sunt duo Testamenta quæ imaginem in se habent æterni regis expressam. (S. Ambros.)*

(3) *Hi sunt denarii per quos eriguntur lapsi, sanantur vulnerati, confirmantur sani, curantur ægroti. (S. Joan. Chrys.)*

(4) *Hæc rationabiliter et pulchræ dicuntur. (Orig.)*

dejado al dueño de la posada, á Pedro, á los pastores de la Iglesia. No ha constituido á cada cristiano sacerdote y depositario de su gracia para hacer por sí mismo uso de ella. No ha querido que enfermo se curase sin medicina, que discípulo ignorante se instruyese sin maestro, que débil rebaño estuviese sin pastor, que viajero extraviado caminase sin guía, que miembro del cuerpo de Jesucristo viviese sin Jefe, que soldado sin experiencia se batiese sin capitán, que miembro de la ciudad viviese sin soberano. No, á los simples fieles no ha dado otro cargo que el de creer, someterse y obedecer á los pastores de la Iglesia, de tal manera, que los que tienen el cargo de velar por el estado sanitario de las almas de los fieles confiadas á sus cuidados, den cuenta al Samaritano celestial, cuando vuelva á este mundo, en el juicio final, á traer la sentencia suprema (1).

Pero en cuanto á la misión de enseñar (2), en cuanto á la interpretación de la Escritura, en cuanto al depósito de la fe y de la gracia, en cuanto al cargo de exponer y de explicar la doctrina evangélica y de administrar la gracia de los Sacramentos, ha confiado el cargo á los legítimos pastores de la Iglesia, diciéndoles: Vosotros sois la luz del mundo para alumbrarle, la sal de la tierra para preservarla de la corrupción (3).

También San Pablo ha dicho: Debemos ser considerados por los hombres como los ministros de Jesucristo, encargados por Él de dispensar los misterios de Dios (4).

Meditemos un instante la profunda palabra con que el celeste Samaritano invistió á los pastores, los ministros de su Iglesia, del cargo de cuidadores de esta miserable humanidad herida y débil: «Cuidamele» (5). Esta palabra, pronunciada por el que no tiene más que pronunciar para crear, nombrar para producir, esta palabra fué como una institución, un mandato, un decreto. Por ella hizo pasar á su Iglesia su propio espíritu, su corazón,

(1) *Obedite præpositis vestris et subjacete eis; ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri. (Hebr., XIII.)*

(2) *Euntes docete. (Matth., XXVIII.)*

(3) *Vos estis lux mundi. Vos estis sal terræ. (Matth., v.)*

(4) *Sic nos existimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei. (1, Cor., IV.)*

(5) *Curam illius habe. (Luc., x.)*

sus sentimientos, sus solicitudes, sus cuidados, el desinterés, la generosidad de su caridad.

En efecto, desde que se pronunció esta palabra en la Iglesia por el Samaritano divino, su fundador, esta palabra tan afectuosa, tan poderosa, fué repetida y va repitiéndose sin cesar con un eco siempre enérgico, siempre fecundo, eficaz, que despierta y mantiene vivo el espíritu de caridad para aliviar todas las miserias, para curar todas las llagas de la humanidad.

Por eso la Iglesia católica, tierna madre, con la mirada fija en la humanidad, amada hija que le ha confiado el Padre celeste, no la olvida ni la abandona jamás; por eso suena sin cesar en sus oídos el divino mandamiento: *Cúdamele: Curam illius habe.* Y mientras haya un solo pueblo en la tierra, un solo hombre á quien enseñar el Evangelio, un solo pagano á quien traer al verdadero conocimiento de Dios y de Jesucristo su Hijo, un solo pecador á quien convertir, un solo afligido á quien consolar, una sola criatura desprovista del pan material ó de los alimentos del alma; mientras haya entre los hombres pecados y miserias, escándalos ó contagios; mientras se oigan en alguna parte los gemidos y lamentos de la humanidad herida y afligida, habrá siempre obispos, sacerdotes, misioneros, religiosos, vírgenes que, á costa de todos los sacrificios, socorrerán á la miserable humanidad, y lucharán, haciendo prodigios de virtud, de abnegación y caridad, contra todas las desdichas que hayan venido á herir á sus hermanos.

¡En vano los Gobiernos enemigos de la humanidad harán leyes para poner obstáculos á las órdenes de los sacerdotes, á las vocaciones religiosas, á los viajes de los misioneros, á las instituciones piadosas y caritativas; en vano querrán impedir la irrupción de la verdadera doctrina evangélica, las santas peregrinaciones de la caridad! La caridad de la Iglesia, que inflama con su celo á tantos de sus generosos hijos, sabrá romper todas las barreras, desafiar la injusticia de los edictos y la crueldad de su ejecución. No se detiene ante las prisiones, ni el hacha, ni los verdugos, ni los tormentos, ni la muerte; siempre encuentra medio de penetrar en los países más intolerantes y más bárbaros para esparcir la luz del Evangelio y los consuelos de la religión; encuentra siempre nuevos medios, nuevas industrias, nuevos artificios que la política ni la filosofía habían sabido prevenir ni

podrían impedir. Más fuerte que todas las prohibiciones humanas es el mandamiento de Dios que prohíbe abandonar á la humanidad entre las miserias, los dolores, los males de todo género de que es víctima: *Curam illius habe!*

¡Desdichada, cien veces desdichada la humanidad si no tuviese á la Iglesia, que, bajo la acción del divino mandamiento, se dedica á aliviarla! El mundo entero, no sólo de los infieles, sino de los heréticos y cismáticos, y aún de los católicos, está trabajado por enfermedades mortales. Todos los vicios dominan en él á la sombra de todos los errores. La filosofía, la legislación, los Gobiernos no pueden curar esas enfermedades, cicatrizar esas llagas. La filosofía más sabia y más enérgica, la legislación más equitativa y más severa, el Gobierno más justo, no pueden hacer más que aconsejar, juzgar, castigar. Pero ¡ay! dar consejos á las pasiones, ¡qué locura! Convertir en justicia la miseria, ¡qué estupidez! Castigar la necesidad, ¡qué crueldad! La política no conoce las verdaderas necesidades del mundo enfermo, y no puede curarlas. Se le dan ferro-carriles y embarcaciones de vapor, manufacturas y comercio, cajas de ahorros y sociedades de seguros, casas de prostitución y teatros, cafés y billares, y, para colmo de generosidad, prisiones y cadalsos. Y como con todos esos medios se ve multiplicarse los crímenes, aumentar cada día la prostitución y los hijos abandonados, los pobres y los débiles, los homicidios y los envenenamientos, los suicidios, los robos, los incestos, los sacrilegios; como se ve el orden público vacilar sobre su base, y las debilidades morales y físicas extenderse de una manera espantosa, desesperando de curar la enfermedad, se aleja de ella hasta el pensamiento; y esos males, precursores de otros más horribles, se miran con indiferencia, y, como el levita de la parábola, se pasa adelante sin sentir vergüenza ni compasión: *Viso illo præterivit.*

Sólo la Iglesia conoce las necesidades y debilidades del mundo, de sus hijos cubiertos de llagas. Ella sola sabe distinguir el sitio de las heridas, conoce que el error es su mal, y que la disolución de las costumbres es la corrupción y la gangrena. Además, mientras los filósofos, los magistrados, los gobernantes, para asegurar á la sociedad enferma el bien efímero, vano é ineficaz que le prometen, le piden sus aplausos, su oro y su sangre, porque, pobres por sí mismos, no tienen que dar al enfer-

mo más que aquello que le toman; la Iglesia solamente, porque tiene con ella al celeste Samaritano que lleva el vino y el aceite milagroso; porque ha recibido de Él las dos preciosas monedas, la verdad y la gracia para curar todas las llagas, todas las enfermedades; ella sola que tiene en sí todo lo que debe dar, nada pide, porque nada necesita; no tiene que despojar al enfermo; lo ama sin interés, se ofrece á servirle sin compensación, acordándose de que no es aquí donde debe aguardar la recompensa, sino que la obtendrá rica y superabundante en el cielo cuando el divino Samaritano venga para hacer reposar de todas sus solicitudes y trabajos á los hombres de caridad y de celo, para hacerles descansar de todas las fatigas y recompensar todos los sacrificios que hayan hecho más allá del estricto deber, ayudando á los hombres heridos por el error ó el pecado: «Cuanto gastares de más, yo te lo daré cuando vuelva» (1). La Iglesia, pues, no reivindica más que la libertad de servir á los hombres, de llevarles la luz, la gracia, la esperanza y la paz. No pide más que una cosa, que se la deje predicar; y donde quiera que su acción es libre, es milagrosamente fecunda, la mejora es sensible, la cura está asegurada; los pueblos supersticiosos, bárbaros, corrompidos, llegan á ser, como por encanto, piadosos, caritativos, de costumbres puras. Todas las virtudes empiezan á germinar allí donde pululaban los vicios; de las antiguas heridas no quedan ni las cicatrices, y con las virtudes cristianas, curación y ornamento de las almas, la Iglesia lleva el orden público, las virtudes sociales, la verdadera civilización, que pone en equilibrio los bienes temporales, asegura el orden y mejora la condición de los cuerpos.

Pero acordémonos que Jesucristo ha contado esta bella y misteriosa parábola en respuesta al malicioso doctor de los judíos que le interrogaba diciéndole: «¿Y quién es mi prójimo?» (2).

Al añadir Jesucristo que el Samaritano compasivo es el prójimo del que había caído en manos de los ladrones, y al pintarse Él mismo con los más vivos colores en el Samaritano, nos revela, dice Heric, que nuestro afectuoso Salvador es verdaderamente nuestro prójimo, pues que, ya aproximado á nosotros por

(1) Si quid supererogaveris ego cum rediero reddam tibi. (*Luc.*, x.)

(2) Et quis est meus proximus? (*Ibid.*)

su divinidad, en nosotros y con nosotros, se ha acercado más por su humanidad (1). Por otra parte, en la parábola, dice Haymon, el Samaritano es llamado prójimo del viajero herido, porque se muestra por él lleno de compasiva bondad. ¿Y quién ha dado nunca pruebas de más compasión hácia la humanidad herida que Jesucristo, que la ha redimido con su sangre? Es, pues, realmente nuestro prójimo (2).

Pero ¡ay! por más que la ley divina nos prescriba amar al prójimo como á nosotros mismos, ¿quién ama á ese Prójimo celestial que es Jesucristo? Se ama á los parientes, aunque muchas veces son infieles; los bienes del mundo, por vanos que sean; los placeres sensibles, aunque llenos de veneno peligroso; el mundo, aunque pérfido; la vida, aunque fugitiva; y no se ama al verdadero Prójimo, nuestro verdadero Padre siempre afectuoso, nuestro verdadero Amigo siempre leal, nuestro verdadero Bien sólido, real, eterno; no se ama al que es la bondad misma, la ternura, el amor personificado, el amor viviente, el amor infinito, nuestro tesoro, nuestro consuelo, nuestra vida, el solo objeto que tiene derechos verdaderos, reales, á nuestro amor: «El Amor no es amado» (3).

¡Desgraciados de nosotros! Porque San Pablo ha dicho: «Si alguno no ama á Nuestro Señor Jesucristo, que anatema sea» (4). Para librarse de este anatema, de esta excomunión, hagamos por amar á ese Samaritano afectuoso, no solamente en su Persona, sino también en su doctrina, en su gracia, en sus sacramentos, en su Iglesia, en sus ministros, en sus siervos, en sus pobres. Amémosle como á Dios Nuestro Señor que es, con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas (5). Amémosle como á nosotros mismos, en tanto que es nuestro Prójimo, que es Hombre (6). Así cumpliremos la ley

(1) Christus proximus per divinitatem, qua non longe est ab unoquoque nostrum factus et proximus ex humanitate. (*Heric.*)

(2) Nemo tam proximus quam Dominus Jesus qui suo sanguine nos redemit. (*Haymon.*)

(3) Amor non amatur. (*S. Cathar. Sen.*)

(4) Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum sit anathema. (*1. Cor.*, xvi.)

(5) Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tua. (*Luc.*, x.)

(6) Diliges proximum tuum sicut teipsum. (*Ibid.*)

divina, que se encierra toda en éstos dos mandamientos, y toda está comprendida en la ejecución de los mismos (1). Así obtendremos la vida eterna; por este camino de amor aseguraremos nuestra salud (2). Así, con nuestra cooperación, el Señor habrá llenado la misión bienhechora que había aceptado al venir á buscarnos cuando estábamos extraviados, á salvarnos cuando estábamos perdidos, á resucitarnos cuando estábamos muertos (3).

SEGUNDO PUNTO. No sin razón el Señor, en la parábola que acabamos de explicar, ha insistido sobre la circunstancia de que el sacrificador y el levita pasaron cerca del viajero herido sin socorrerle, mientras que el Samaritano extranjero tuvo compasión. Como hablaba á sacrificadores y levitas, fué como si les dijese: Vosotros sois, pues, peores que los seglares; sin compasión, sin caridad para el prójimo, y envaneciéndoos de conocer la ley de Dios, no la cumplís; mientras que teneis sin cesar esa ley en los labios, no la teneis en el corazón (4).

¡Ojalá que esta dureza para el prójimo, que había llegado á ser el carácter propio de los sacerdotes judíos, no haya pasado al corazón de muchos sacerdotes cristianos. Me complazco en reconocer y confesar que el clero de Roma, en general, reúne, á la integridad de las costumbres, el ejercicio de la caridad, y que en Roma, en particular, la inmensa profusión de socorros que se reparte á los pobres no es solicitada y distribuida más que por manos eclesiásticas. Me complazco en reconocer y en confesar que en esta insigne capital la solicitud y la caridad para con los pobres es como hereditaria, hasta el punto de ser un vulgar proverbio entre los que viven á la sombra de la Cátedra de San Pedro, cerca de esta insigne Basílica, que «Pedro no abandona á nadie.»

Pero á fin de que ese espíritu de caridad no se aminore, consideremos, en vista de la parábola de este día, que sería para un sacerdote, para un levita cristiano una cosa monstruosa, escu-

(1) In his duobus mandatis universas lex pendet et propheta. (*Mattheus*, XXII.)

(2) Si vis ad vitam ingredi, serva mandata. (*Ibid.*)

(3) Venit Filius hominis querere et salvum facere quod perierat. (*Lucas*, XIX.)

(4) Opportune alloquens legisperitum superbientem voluit exprimere quoniam nec sacerdos, nec levita proposita legis impleverat.

char la narración de las miserias del pobre sin conmoverse ni privarse de un óbolo; y si en tanto que el Samaritano, es decir, el seglar, el hombre, la mujer del mundo, el jóven elegante, no pasan casi nunca cerca del pobre sin socorrerlo y mirarlo con compasión, el sacerdote, grave ministro del Dios de caridad, volviese á otro lado los ojos y siguiese su camino: «El sacrificador vió á este hombre y pasó» (1). ¡Qué sería si con voz hipócrita le dijera piadosamente: «Dios os asista!»

Sí, á esos desgraciados eclesiásticos les diría yo en semejante caso: Sí, ciertamente, Dios asistirá á ese pobre que enviáis á su Providencia, mientras que su Providencia os lo enviaba á fin de que le diéseis una pequeña parte de los bienes que su Providencia os ha confiado. Dios lo asistirá moviendo á compasión más eficazmente el corazón de algunos samaritanos caritativos, puesto que no ha podido conmover el vuestro. No, no temais que la Providencia de Dios les falte. No se pondrá el sol sin que ese pobre abandonado por vosotros encuentre algún seglar compasivo que lo asista. Pero ese Dios, un día también, castigará severamente vuestra dureza, negándoos toda misericordia, á vosotros que no la habeis tenido (2).

¡Ah! Veamos cómo se dirige á nosotros la gran parábola dirigida por Jesucristo al doctor judío: «Pues vé y haz tú lo mismo» (3).

Sí, penetremos bien de que este mandato á un sacerdote de la antigua ley se ha dirigido más aún á nosotros, sacerdotes de la nueva ley: *Vade et tu fac similiter*. Pensemos que si la generosidad cristiana ha depositado en la Iglesia, ha confiado á los sacerdotes y á los levitas sus riquezas, no es para instalar en el santuario el lujo, el fausto, la molición del siglo profano, sino á fin de preparar á la sombra del altar un asilo siempre abierto á la virtud desgraciada; no ha querido hacer ricos que puedan vivir entre comodidades y lujo, sino acudir al honesto sosten y decoro de sus ministros, y al mismo tiempo á la majestad del culto y al alivio de los pobres.

No olvidemos que lo que viene de la caridad debe volver á la

(1) Sacerdos viso eo præterivit. (*Luc.*, x.)

(2) Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam. (*Jacobus*, II.)

(3) Vade et tu fac similiter. (*Luc.*, x.)

caridad; que las riquezas del mundo que entran en el santuario no deben quedar allí, sino salir sábiamente distribuidas en beneficio de los pueblos; que la tribu sacerdotal no tiene sobre las rentas eclesiásticas un derecho de posesion, sino un deber de paternal economía; porque Dios, la Iglesia y los fieles que las han legado, han estipulado la inversion de un tercio en favor de los pobres, y que, por consecuencia, los pobres tienen en ellas su parte. Luégo si se excluye al pobre, si nos aplicamos á nosotros mismos lo que no hemos recibido para nosotros solos, el mundo mismo, con sus censuras, con sus sátiras, nos advertirá que somos injustos, y este juicio del mundo será confirmado en el tribunal de Dios. No cesemos, pues, de imitar al Samaritano compasivo, á fin de que, practicando siempre la misericordia, obtengamos la beatitud que Jesucristo ha prometido á los misericordiosos (1). Así sea.

(1) Beati misericordes quoniam ipsi misericordiam consequentur. (*Matheus*, v.)

VIGÉSIMA QUINTA HOMILIA.

EL BUEN PASTOR.

Ego sum Pastor bonus. (JOAN., X.)

Yo soy el buen Pastor.

Lo habeis oido en el Evangelio de este dia (1); porque el ciego de nacimiento, despues de su curacion milagrosa, habia reconocido y adorado á Jesucristo como Hijo de Dios, verdadero Mesías y Redentor del mundo; porque habia ante sus mismos enemigos confesado, predicado, defendido á Jesus con la libertad de un apóstol, con la intrepidez de un mártir y el fervor de un santo, los sacerdotes judíos, furiosos contra él, reunidos lo maldijeron, lo excomulgaron y arrojaron de la sinagoga (2).

¿Qué hizo el buen Salvador para consolar de esta maldicion y excomunion á su nuevo confesor? Expuso en seguida la bella y deliciosa doctrina respecto á los caracteres del buen Pastor, aplicándosela por estas dulces palabras: «Yo soy el buen Pastor.»

Con esto quiso el Señor hacer comprender al ciego, que es una verdadera dicha salir de la sinagoga y de los conventículos de la incredulidad, de la herejía y del cisma, para entrar en la Iglesia; ser maldito por los fariseos, por los herejes, por los impíos, para conversar con los Apóstoles y sus sucesores; ser excomulgados por los Caifás y los sacerdotes del error, para entrar en la sociedad de los que siguen á Jesus.

(1) Esta homilia fué predicada el dia de la cuarta feria despues del cuarto domingo de Cuaresma.

(2) Male dixerunt ergo ei et ejecerunt eum extra synagoga. (*Joan.*, IX.)